

Editorial

Alvaro Rubio Salas

Discurso pronunciado el día 30 de septiembre de 1988 en el Salón Gerencial, EAN, con motivo del otorgamiento del Honoris-Causa de Administrador de Empresas al señor Enrique Rugeles Amaya, gerente general de IBM de Colombia S.A.

Señoras y Señores:

Hace ya muchos años cuando ingresé a trabajar a una gran compañía, dentro de la normal indoctrinación a que se sometía a los aprendices, escuché y aprendí que cualquier organización, si quiere sobrevivir y alcanzar el éxito, debe poseer un conjunto acertado de creencias en las cuales apoyar todas sus políticas y acciones;... así mismo que el factor más importante del éxito empresarial es la fiel adhesión a esas creencias;... (y) que para que una organización pueda responder a los desafíos de un mundo en constante evolución, debe estar dispuesta a aceptar cambios en cualquier aspecto de su vida como compañía, menos en esos credos.

"En otras palabras, la filosofía, la acometividad y el espíritu básicos de una organización influyen más en sus realizaciones que los recursos tecnológicos o económicos, la estructura de la organización, las innovaciones y la oportunidad. Todos estos factores inciden seriamente en el éxito, pero es aún más importante la firmeza con que el personal cree en sus preceptos básicos y la fe con que los cumple".

Tiempo después escuché ya una filosofía concreta y tangible con la que un gran visionario, doctor Hildebrando Perico Afanador, adelantándose pragmáticamente en varias décadas al pensamiento académico, nos fascinó y nos sedujo a embarcarnos en otra gran empresa, ésta del espíritu, bajo la enseña de hacer del profesional un empresario.

Ha dicho el doctor Perico que... "se es empresario en todos aquellos actos en que un individuo realiza una función para lograr el bien común y no solamente cuando se busca el beneficio o lucro individual. Cuando se afirma que los empresarios son el motor del desarrollo es porque se considera que la energía de ellos acciona complejos mecanismos de los sectores productivos que contribuyen al desarrollo del país, y no sólo es empresario quien fabrica piezas, arma automóviles y ejerce la actividad comercial sino que también lo es quien desde su puesto de trabajo está generando iniciativas para hacer más productiva la labor, ofrecer mejor servicio al cliente, mejorar la calidad y poner todo su interés en detectar una necesidad y en desarrollar la capacidad para satisfacerla".

Así nació la Escuela de Administración de Negocios, bajo una profesión de fe en los principios de la libertad, de la libre empresa y de la iniciativa individual como catalizadores y semillas del desarrollo económico y del mejor estar del hombre.

Aquí hemos creído desde siempre en el poder del espíritu y especialmente en lo que el común de las personas llama virtudes, que en ejemplos de muchas gentes se nos presentaban, cuando estudiábamos, como dignos de imitar dadas las notables características de su personalidad.

Y así pasamos a admirar las audaces proezas de los griegos que emprendían duras tareas en pos del amor de una mujer o detrás de un vellocino dorado, la constancia que pusieron los conquistadores y los colonizadores de nuestro territorio. Y quisimos ser como ellos y apenas llegamos a la mitad del camino porque el mundo de hoy es diferente y otros son sus héroes.

Las metas que se proponen estos nuevos adalides hombres de estado y hombres emprendedores, cada cual en su ámbito, convergen por senderos diferentes hacia el propósito común del desarrollo económico y social de la nación.

El camino es arduo, las dificultades sin cuenta y no hay cuaderno de bitácora, ni manual de instrucciones que nos marque el rumbo en la conducción del Estado o en la Gerencia de una compañía.

Porque ni en las lecciones de los libros ni en la docta exposición de los maestros ni en la entraña fría y mecánica de los ordenadores, encontraremos la solución exacta para descifrar el complejo espíritu empresarial.

En cada caso personal, la combinación precisa. Sabiamente de audacia, confianza en sí mismo, coraje para enfrentar las dificultades, concentración y ausencia de temor al riesgo y al fracaso, sabiamente dosificada y sopesada, es la fórmula —casi mágica— de los elementos de que están hechos esos seres atípicos que crean las empresas y que como hábiles marinos las conducen por entre los escollos que infestan las aguas del mar económico-social.

Y si no hay reglas ni modelos teóricos que enseñen a ser líderes, gerentes u hombres de negocios, qué debemos hacer nosotros que queremos que nuestros jóvenes profesionales se vuelvan empresarios, dueños de su destino y constructores de su propio espacio económico?

Lo primero es moldearles sus actitudes y perfeccionar sus aptitudes dentro de un proceso de reconversión mental que les permita mejor pensar. Lo demás vendrá por añadidura.

Pero la confianza en sí mismos que hay que aposentarles en su alma para que se animen a la aventura empresarial —creo yo— solo se logra mostrándoles el ejemplo de quienes llegaron y se mantienen en la cumbre del éxito, siempre tratando de avanzar más allá en búsqueda de esa elusiva excelencia que perseguimos y que no se deja alcanzar.

Estos son los héroes del momento. Sus virtudes se confunden con el éxito de las organizaciones que comandan y deben presentarse como paradigma a quienes pretenden abordar la difícil pero fascinante tarea de ser empresarios.

Señoras y Señores:

Este preámbulo, casi me libera de decirles por qué la Escuela de Administración de Negocios, ayer niña de nuestros ojos y hoy sería muchacha bonita, viene ante ustedes a honrar con las preseas académicas a Enrique Rugeles, Gerente insigne, varón íntegro y amigo dilecto.

La vida nos conduce a los humanos por sendas que nunca se nos dan a elegir, sobre las cuales vamos dejando nuestra huella, marcando con estrellas nuestros triunfos y con lágrimas nuestros tropiezos.

No es fácil avanzar y es a golpes de destino que vamos forjando nuestro espíritu y moldeando nuestra personalidad. Creo que el decurso vital de Enrique Rugeles no se escapa a esta regla.

Los peldaños de su carrera dentro del GIGANTE AZUL han sido labrados con esfuerzo sostenido, con visión estratégica, con decisión y sobre todo con lealtad y fidelidad a unos credos que como el respeto por el individuo, el acendrado sentido de servicio y la constante búsqueda de la perfección, son más importantes que cualquier otra cosa dentro de la organización.

Difícil es mezclar los negocios con los sentimientos, pero la sensibilidad y solidaridad social de que hace gala el Honrado nos muestra que sí es posible esa rara combinación.

Su capacidad de liderazgo le hace ser querido por su gente y su gentileza lo destaca entre sus iguales.

Pero, es por su inquebrantable fé en los destinos de la patria, por el mantenimiento de altos valores éticos en las relaciones internas y externas de la empresa que dirige, por su espíritu perseverante y tenaz en la búsqueda de metas propias y corporativas, que la Escuela quiere rendirle honores como un hombre ejemplar en el concierto de los empresarios nacionales.

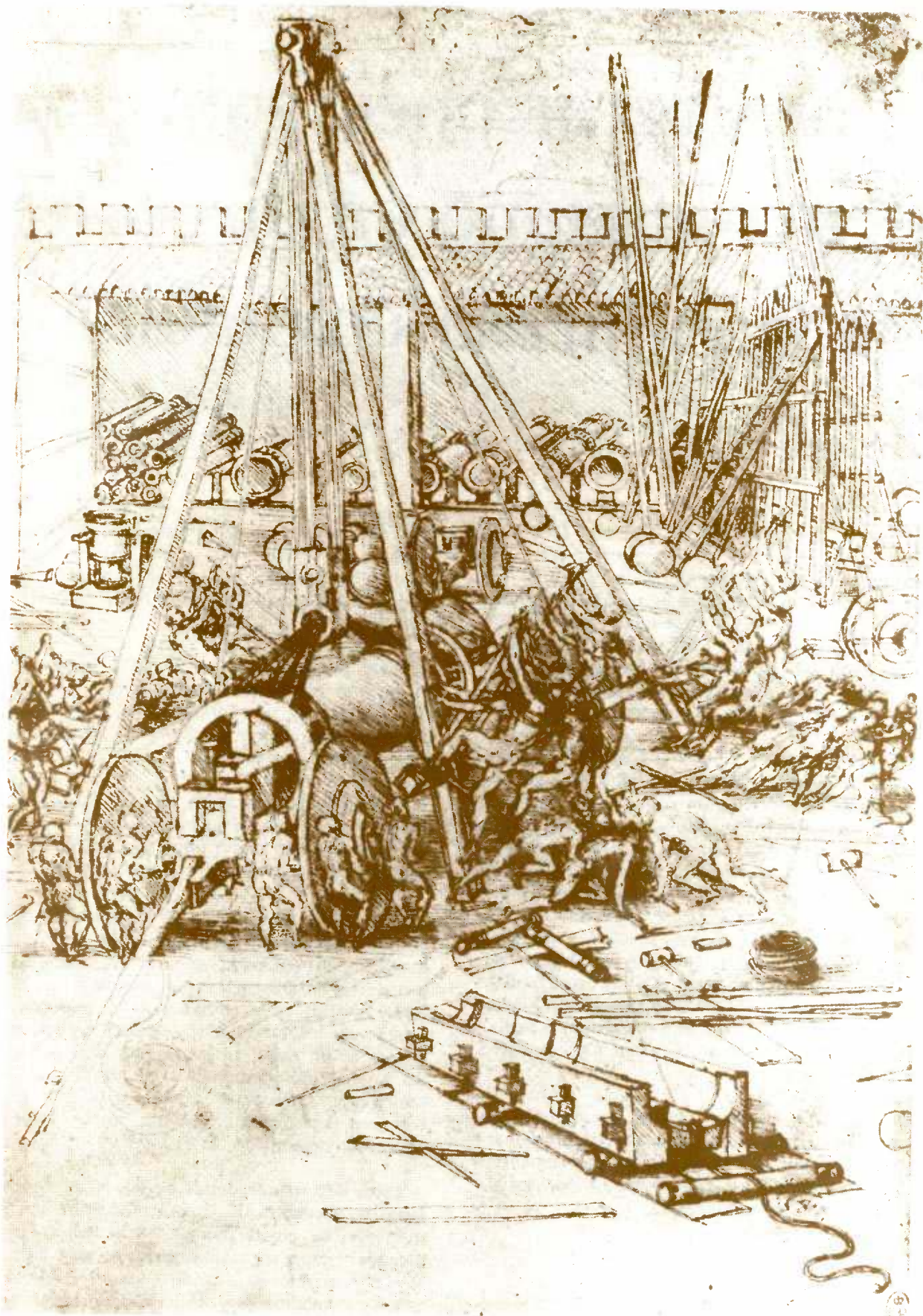
Señor Rugeles:

Me congratulo de ser yo quien le haya entregado el testimonio de un merecido reconocimiento al íntegro hombre de negocios que hay en usted.

La Escuela por mi voz le ofrece sus parabienes y se los extiende a los suyos.

Gracias.

ALVARO RUBIO SALAS
Rector



CANONES Y CABRESTANTES: Dibujo a pluma en papel amarillento; 25 x 18,3 cm.; Windsor, Royal Library (Inv. n. 12647).